

El Milenio

Fredric Brown

«El Hades es un infierno», pensó Satán; y por eso le gustaba. Se inclinó sobre la superficie luciente de la mesa de su despacho y accionó el interruptor del interfono.

—¿Diga, señor? —dijo la voz de Lilith, su secretaria.

—¿Cuántos han venido, hoy?

—Cuatro. ¿Le envió a uno de ellos?

—Sí... pero no, espera. ¿Alguno de ellos parece ser un individuo altruista?

—Sí, uno de ellos lo parece. Pero aunque lo fuese, ¿qué, señor? Existe sólo una probabilidad entre billones que formule el Postrer Deseo.

A la simple enunciación de aquellas palabras, incluso a pesar del calor reinante, Satán sintió un escalofrío. Su preocupación perpetua, casi la única, era que algún día alguien pudiese formular aquel Postrer Deseo, el postrer deseo *altruista*; es decir, desprovisto totalmente de egoísmo. Y entonces ocurriría lo que más temor le causaba: Satán se encontraría encadenado por otros mil años, y sin trabajo para el resto de la eternidad después de aquello.

Pero Lilith tenía razón, se dijo.

Sólo una persona entre un millar vendía su alma para satisfacer un deseo altruista, aunque éste fuese insignificante, y transcurrirían millones de años, o toda la eternidad, antes que el Postrer Deseo se formulase. Hasta entonces, nadie se había acercado a él ni remotamente.

—Muy bien, Lil —dijo—. De todos modos, hazle pasar primero; prefiero terminar con él cuanto antes.

Cerró la comunicación.

El hombrecillo que penetró por la amplia puerta no parecía peligroso, desde luego; en realidad, parecía estar medio muerto de miedo.

Satán le miró con el ceño fruncido.

—¿Conoces las condiciones?

—Sí —respondió el hombrecillo—. Creo que sí, en fin. A cambio que usted me conceda un deseo que yo formule, se quedará con mi alma cuando yo muera. ¿No es así?

—Así es. ¿Cuál es tu deseo?

—Verá —dijo el hombrecillo—, lo he reflexionado cuidadosamente y...

—Vayamos al grano. Estoy muy ocupado. ¿Cuál es el deseo?

—Pues verá...

El hombrecillo se interrumpió, turbado, mientras Satán le miraba tamborileando nerviosamente con sus dedos sobre la mesa.

—Deseo que, sin sufrir el menor cambio en mi persona, me convierta en el hombre más malo, estúpido y miserable de la Tierra.

Satán lanzó un tremendo grito de rabia y desesperación.